

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

CABEZAS DE MINISTROS

Silvela.

¡Silvela! ¡Silvelilla! Ese es un hombre de los que engañan al pronto; parece tonto, y luego, después de estudiado, resulta más tonto de lo que parece.

Cánovas.

¡Nadie más atrevido que él! Ha osado á todo, al libro, á la cátedra, á la tribuna, á la filosofía, á la ciencia, á la administración, á la política, á la literatura, al periodismo... ¡al verbo divino! Pero movédlo un poco, sacúdílo un poco, y no dará de sí más que bellotas. ¡Si lo conoceré yo que lo he padecido de subsecretario!

Romero Robledo.

Villaverde.

—Ese Villaverde!... ¡Hija, nos lo han cambiado! Ya no es el hombre de antes. Desde que le han hecho ministro y marqués del Pozo y actúa de estadista y contra empréstitos y hace de Necker, ya se cree dispensado de guardarnos toda clase de consideraciones. ¡Y qué feo está! Parece un guardia civil con su bigotazo, que ya blanquea; y su cara de mal genio. ¡Y lo que ha engordado! Te digo que está verdaderamente ridículo, con su barriga de carnicero. ¡Nada, que nos lo han cambiado! ¡Qué diferencia del Raimundo de ayer, al marqués del Pozo de hoy! Una diferencia de treinta años! ¡Aquel sí que era guapo, y simpático y amable! Pero sobre todo, guapo. ¡Qué caída de ojos la suya! ¡Y lo bien que hablaba! ¡Qué lengua, Dios mío, qué lengua la de nuestro Raimundo!

Dato.

Una hermosa cabeza de peluquero, bien rizada, reluciente de cosmético, olorosa á perfumes de barbería... Y sin embargo, dentro de esa cabeza, que envidiaría cualquier florera, dicen que hay algo.

Conservador por fuera y liberal por dentro —¡más liberal que Moret, lo que no es decir mucho!—, Dato es un hombre de su tiempo y creemos que no se dejará avasallar por Roma... ni por Maura.

Comparado con Montaña —el hombre de la difamación!—, Dato no resulta hasta simpático.

A pesar de su cabeza de peluquero.

Linares.

Son las eternas crueldades del destino. Mientras Toral, el vencido de Santiago de Cuba, ingresa en un manicomio, Linares hace su entrada triunfal en el Ministerio de la Guerra.

¡Pobre Toral!

¡Afortunado Linares!

Maura.

Una vez, en un momento de rara sinceridad, declaró en el Congreso, que era preciso hacer la revolución desde arriba ó desde abajo.

Y Gamazo, su cuñado y maestro, le tiro de la levita.

Católico militante, hijo de confesión del padre Castro, amigo de los jesuitas, admirador de Rampolla, enamorado de los tiempos de la Inquisición, tocará á poco que le dejen, su bastón de mando por un cirio.

Intransigente, testarudo, presumiendo de carácter, es, moralmente considerado, digno hermano de Gamazo.

Liberal con Sagasta, conservador con Silvela, su verdadero puesto está entre los integristas de Nocedal.

Sagasta le calificó una vez de «verso suelto de la política».

No, D. Práxedes, Maura es toda una poesía mística, unos «gozos» al gloriosísimo Presupuesto.

Siniestra unión la de Silvela y Maura: ¡la unión de dos murciélagos!

Allendesalazar.

Es la contrafigura de Villaverde.

El le ha hecho ministro y á él obedece.

Creemos que en la vida no se ha dado un caso más notable de anulación de la propia personalidad que el caso de ese señor Allende.

Silvela, antes de formar el ministerio, le preguntó:

—¿Dónde quiere usted ir?

Y el hombre, después de vacilar un rato:

—Pues á donde quiera D. Raimundo.

—¿Le conviene á usted Instrucción pública?

—Si le conviene á Villaverde...

Malos son siempre los imitadores. Se comprende, sin embargo, imitar á Bismark, ¡pero á Villaverde!...

Sánchez Toca.

Por fin ha logrado meter la nariz, su hermosa nariz de Cyrano, en el Ministerio de Marica.

Para reconquistar nuestro poderío naval, ahogado en las aguas de Santiago de Cuba, Sánchez Toca pide por lo pronto un presupuesto inicial de 65.000.000 de pesetas anuales, que deberán aumentarse hasta 100.000.000. ¡Una friolera!

Mestizo ayer, conservador hoy, reaccionario siempre, Sánchez Toca no tiene nada de Veragua, ó sease de tonto.

¡Habrá que echarlo pronto por la borda!

Vadillo.

¡Qué tristeza la de su cara, de viejo franciscano, cansado de la vida! ¡Qué bien aijo aquel que le llamó la cabra triste y pensativa!

Pero á pesar de sus apariencias de hombre infortunado, el marqués de Vadillo goza y triunfa, y se divierte todo lo que puede (siempre con la mayor compostura y honestidad).

Presidente de todos los círculos católicos habidos y por haber, hermano de todas las cofradías, sacristán de todas las parroquias, oliendo siempre á incienso, hay que pensar lógicamente que el marqués de Vadillo ha debido pecar mucho cuando reza, tanto.

¡Y luego esa cara de cabra triste! ¡Qué misterios encierra el corazón humano! ¡Y qué verdad más grande aquella de que el mundo se ha hecho para los hipócritas!

Abarzuza.

No tiene cabeza, ni maldita la falta que le hace.

Sobre los hombros lleva un *Don Pedro*.

Y sobre el *Don Pedro* un sombrero.

Y ahí tenéis á Abarzuza.

S. M. EL HAMBRE

Alzase enfrente de nosotros, despótico y terrible, con la boca abierta y los puños crispados, un dictador, á quien ni se satisface con laureles ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios: S. M. el Hambre.

Ese caudillo trágico, que tiene la desesperación por guía y el calambre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército; no lo hay tampoco de que su ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente, buscando alimentos que exprimir, es un recluta; cada día en ayunas, un estimulante; cada basca angustiosa, un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por el estómago; y si el corazón retrocede en sus entusiasmos, el estómago no retrocede en sus apetitos.

El entusiasmo puede extinguirse con la derrota; el hambre, no; el que pelea por la gloria, cuando es vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla, presenta otra más formidable.

S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico que las conduzca. Les grita, señalando á este ó otro sitio: «¡Ahí está el pan que os hace falta!»; y hacia allí embisten los hambrientos con el ímpetu ciego de la fiera que viente su presa, con la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer.

S. M. el Hambre acaba de presentarse en España, desplegando al aire su terrible bandera; sus soldados de siempre acuden presurosos al llamamiento.

De dónde salen? De todas partes. De los campos, donde el trabajo falta y el acaparador monopoliza el fruto; de las fábricas, que cierran sus puertas para recoger en silencio los últimos estertores de la industria; del fondo de las minas, empujados por la mano homicida del grisú; del taller que suspende sus construcciones; de la obra que paraliza su tarea; de los centros productores todos, porque esos centros productores que no pueden mantenerse á sí propios, no pueden mantener á nadie. De ahí salen, y azu-

zados por el hambre que crispa sus nervios, y oscurece sus entendimientos y petrifica sus corazones, saquean los almacenes, incendian los edificios públicos, destroran las vías de comunicación, provocan sangrientos conflictos y aterran, porque amenazan, y compadecen, porque suplican, y residencian al miedo cuando piden sangre y á la justicia cuando piden pan.

¡Horrible y doloroso espectáculo el de esos hombres y esas mujeres que profieren en diversos puntos de España, á un tiempo, el mismo grito desesperado! ¡Horrible espectáculo el que ofrecen esas multitudes sin freno!

¡Horrible espectáculo, tristísimo espectáculo, perspectiva siniestra! El desastre fuera, la imprevisión en las alturas del poder y el hambre enseñoreándose de España. Horrible espectáculo al que nos han traído, luego de manejar por espacio de veintitrés años las fuerzas, las energías y los recursos nacionales, los gobernantes españoles, esos gobernantes que ni se han preocupado de las reclamaciones del obrero, ni de los llamamientos de la industria, ni del empobrecimiento de la agricultura, ni de la defensa de las colonias, ni de los conflictos internacionales; que sólo se han ocupado en ir viviendo, en guerrear por la conquista del poder, y hoy recogen como resultante de su conducta una industria muerta y una agricultura agonizante; la ignominia dentro y el descrédito fuera; y un grito de hambre repercutiendo fatídicamente por todos los ámbitos de España.

Situación horrible, pero que examinada, analizada, disecada con seriedad y expuesta con franqueza, trae á la memoria una frase de la Escritura, que, prescindiendo de tiempos y creencias, parece hecha expreso para los momentos actuales:

Un viento abrasado, que venía de lo alto, sopló sobre la tierra.

JOAQUÍN DICENTA

CARTA DE GINESILLO DE PASAMONTE AL RATA TERCERO

Supongo que usaré, señor granuja, que, según la opinión, de puro listo se mete por el ojo de una aguja, mi vida y aventuras habrá visto en un gracioso libro que anda impreso, y sabrá que el firmante fué algún día un muchacho travieso, nata y flor de la andante pillería.

Como entre camaradas ha de haber simpatía duradera, le escribo cuatro frases estampadas con el humo y la pez de mi caldera.

Sepa vuesa merced, amigo Rata, que más que los suplicios del infierno la envidia me consume y me maltrata con su terrible torcedor eterno.

Comparo aquellos tiempos en que anduve huyendo de la nube

de jueces, cuadrilleros y alguaciles, que solían á palos malograr los ingenios más sutiles, con estos otros tiempos, no tan malos, en que campan y triunfan vuesa merced como unos caballeros, burlándose á mansalva de las redes de un Código con muchos agujeros.

Antaño, por la falta más pequeña echaba la justicia á un hombre honrado á remar en las naves del Estado, donde daban mal rancho y mucha leña.

Hoy la cosa varía: roba vuesa merced á su capricho á las doce del día,

y si le llega á ver la policía, que no le suele ver, según me han dicho, es preciso además que se le pruebe; piden dinero y costas al robado, y el pobre, por no verse empapelado, permite que la trampa se lo lleve.

Doy por hecho que viene la condena y va vuesa merced por quince días á preparar algunas raterías con el pretexto de sufrir la pena.

Y vive allí tranquilo y sosegado, tomando sus copitas de aguardiente, y esperando el indulto consiguiente

que le venga á quitar aquel cuidado.

Y hasta dicen que alguno de usarcedes, por su cara bonita ó su influencia se ríe de cerrojos y paredes y obedece en la calle la sentencia.

Esta comparación, amigo Rata, me está dando una rabia ¡que yo entiendo! más que el aceite hirviendo donde me frío igual que una patata.

¡Maldita gracia tiene

que haya desigualdad de pillo á pillo!

Suyo.—Maese Pedro ó Ginesillo,

como á vuesa merced mejor le suene.

SINESIO DELGADO

CRISIS

Es cosa sabida que en los ministerios pierden la salud y la paciencia los infelices contribuyentes cuando se ven obligados á acudir allí con cualquiera reclamación justa. Lo más frecuente es que sean recibidos de mala manera y que se pasen ocho ó diez días yendo y viniendo para conseguir que les reciban los funcionarios.

—No es hora de audiencia.

—No ha venido el oficial.

—Hay orden de no recibir al público estos días.

Así se expresan, poco más ó menos, los «amables» ujieres, que todos contribuimos á mantener; y el que necesite despachar un asunto, ó enterarse del estado de un expediente, acaba por montar en cólera y darse con la cabeza contra las paredes de la oficina.

Pero de pronto surge una crisis; la prensa anuncia que el ministerio ha presentado la dimisión con el carácter de irrevocable, y entonces varían esencialmente las circunstancias. Los ujieres saludan con el mayor respeto; ábrense todas las puertas; allánanse todos los inconvenientes, y los empleados reciben al público dándole muestras de la mayor atención.

—Vengo á saber si se ha despachado mi solicitud—, entra usted preguntando en una oficina.

—¿Tiene usted la bondad de decirme su nombre?—contesta el empleado poniéndose en pie.

—Waldino González.

—González, González... ¿Es usted pariente acaso del nuevo director general?

—No, señor, yo soy González de Gelatina y él es González de Corcho; pero nos conocemos bastante.

—¡Ah!... Pues siento decir á usted que no está despachada todavía la solicitud; pero quedará usted servido mañana... suponiendo que el nuevo Ministro no nos arroje á todos á la calle.

—Volveré mañana.

—Sí, señor; á eso de las tres; y si el portero le pusiera á usted reparo, dígame que viene de mi parte... Los porteros son muy mal educados... Conque ¿usted es amigo del nuevo director?

—Algo.

—Todos dicen que reúne condiciones excelentes para el puesto. Tiene una fisonomía muy simpática... Pues, hablando á usted con franqueza, estamos todos con el alma en un hilo temiendo que nos echen; y eso que yo no soy político y lo único que hago es cumplir con mi deber. ¡Si el director quisiera recomendarme al ministro!... Parece muy buena persona y tiene una mirada muy inteligente. ¿Es andaluz?

—No, señor; manchego.

—¿Manchego? ¡Qué hermoso país es la Mancha! Si usted tuviese ocasión de hablarle, puede decirle que mañana mismo quedará despachada la solicitud de usted... Yo me llamo Aquilino Falsilla y tengo ocho, desde Mayo del 91.

—Pues hasta mañana.

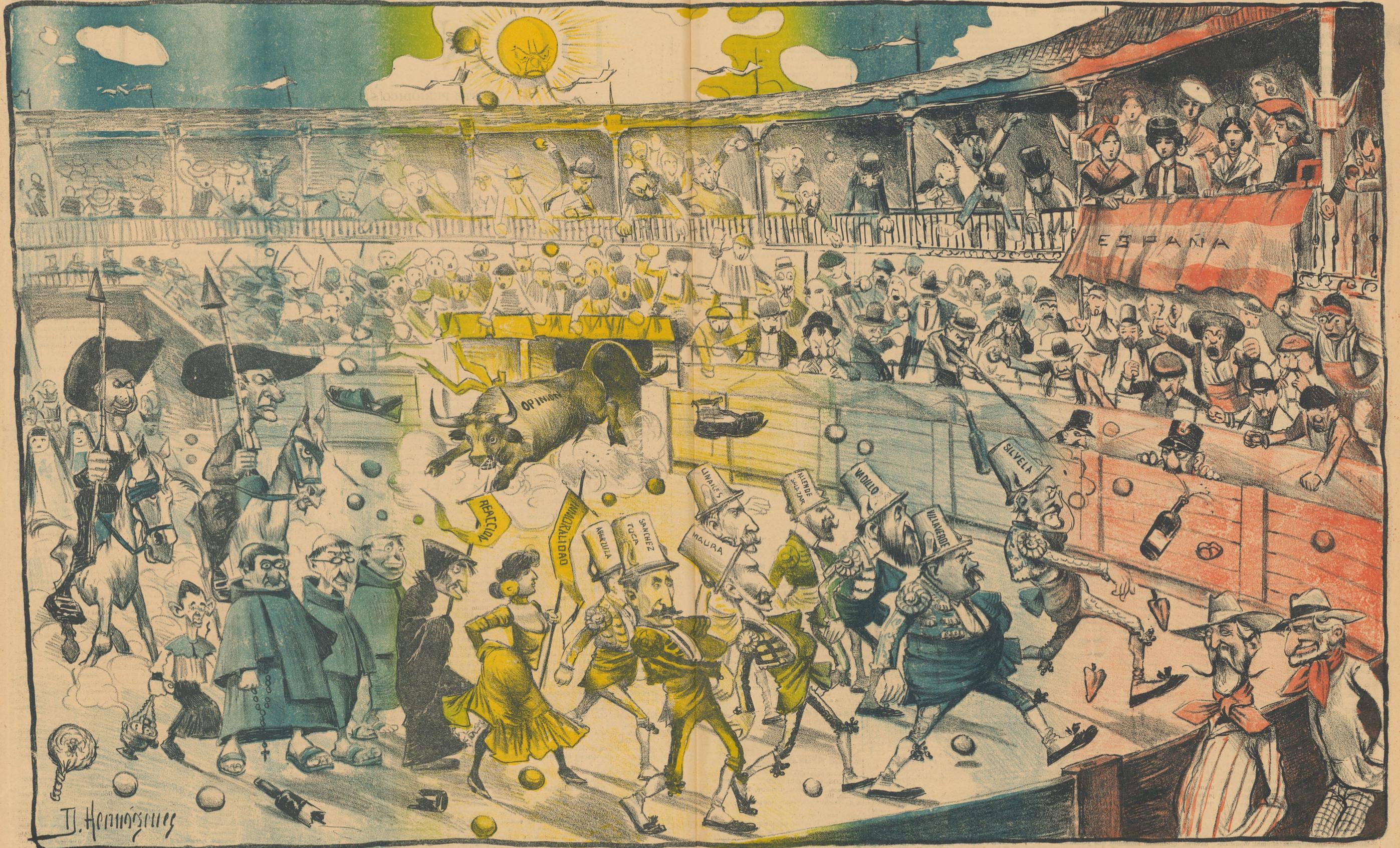
Y el empleado sale hasta la puerta para despedir á usted, deshaciéndose en genuflexiones.

Los cambios de Gobierno influyen poderosamente en las oficinas. Los empleados, á impulsos de la emoción, conviértense en las personas más amables de la tierra y muestran un celo y una actividad dignos de elogio. Lo menos se figuran que el ministro les está observando por el ojo de la llave y que dice para sí:—«Excelentes empleados! Pensaba dejarles cesantes, pero me arrepiento».

Unos se pasan de amables; otros se van de la oficina y comienzan á visitar á todos sus conoci-

DON QUIJOTE

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



PRESENTACION DE LA CUADRILLA CONSERVADORA ¡Ó DIOS NOS COJA CONFESADOS!

des en busca de recomendaciones, y otros apoyan la frente en las manos y suspiran encima del pupitre.

—¿Cómo está el expediente de Mondariz?— pregunta usted a uno de estos empleados tristes.

—Bueno, gracias—, contesta él con voz desfallecida.

—¿Cómo? No lo ha despachado usted aún?

—Perdone usted; pero hoy no tengo la cabeza para nada, ni sé lo que me digo.

—Se le ha muerto a usted alguna persona querida? Tiene usted algún dolor?

—En los primeros momentos del cambio ministerial, los empleados apelan a toda clase de recursos para conservar sus puestos.

—Vengo a ver a usted, Sr. D. Isidoro, para que me recomiende al ministro.

—Ya está usted recomendado.

—Tantas gracias, D. Isidoro; pero no estaría de más que el ministro supiera que tengo a mi señora en estado interesante y que a mi niño el mayor le ha salido en la rabadilla así como un bulto, en forma de pélica. Dicen que el ministro es persona de muy buenos sentimientos y muy amante de la familia.

Hay algunas señoras que dejan en casa a los maridos y ellas se ponen la mantilla y van a ver a los ministros para decirles:

—Usted dispense que venga a molestarle; pero yo soy de muy buena familia y me casé a disgusto de todos y ahora me pesa muchísimo, porque mi esposo no pasa de los 24.000 reales, a pesar de las promesas del ministro anterior, que era una carne de mi tío y se había criado con él y se querían como hermanos; pero mi tío se hizo pastor protestante para poderse casar, porque era sacerdote, y a los seis meses lo mató a disgustos la pastora su mujer. Desde entonces estamos huérfanos, como quien dice.

De todas suertes, los empleados no trabajan poco ni mucho, y, entretanto, quienes se fastidiaban son los que acuden a los ministerios para despachar cualquier asunto, pues unas veces porque hay crisis y otras porque no la hay, lo cierto es que siempre salen perdiendo los infelices contribuyentes.

LUIS TABOADA

TONTOS Y LISTOS

De unos datos estadísticos que publican los periódicos resulta que en la Península nueve millones de estólos trabajamos, como miseros, para llenar el estómago, y los otros nueve, prácticos, sin trabajar, que es más cómodo, beben los mejores líquidos, y tragan manjares sólidos. A éstos les dirán parásitos, que infringen el moral código, habrá quien los llame pícaros, ya en tono serio, ya en cómico, vagos, holgazanes, zánganos, mas, firmes en su propósito, ellos dirán: Bueno, llámenme con nombres hasta estrambóticos, mas lo que es trabajar, ¡cáspita! que trabaje San Crisóstomo.

PÉREZ Y GONZÁLEZ

¡Buen viaje!

—¡Quintanapalla, dos minutos!

¡Qué frío! El viento sutil penetra hasta los huesos. Un blanco manto de escarcha cubre el endurecido suelo. El campo parece entumecido, yerto. En el cielo, de cristalina transparencia, las estrellas se estremecen como si les alcanzase la helada. Agustín subió el cristal de la ventanilla, y se cobijó tiritando en su rincón.

El tren habla. El rozamiento de las ruedas, el chirrido de los ejes, el crujir de los tablones, el murmullo de las cadenas, forman una voz potente, arducedora que, con obsesiva monotonía, repite siempre una sola frase:

—¡Vuelve a casa! ¡Vuelve a casa! ¡Vuelve a casa!

—¡Sí, volver! Para reanudar el hilo de su existencia estéril y vacía, para ser el hazmerreir de todos los brutos de la aldea, para soportar de nuevo los sarcasmos de su padre y oír la voz agria de su maestra que le reprocha el pan que come. Esta vez es cosa hecha. Ha pasado el Rubicón como César. Ha quemado las naves como Gólcres. Se acaba. *¡Vaya dicha est!*, que dijo el otro.

Y hala, hala! El monstruo furioso, de abrasadas entrañas, devora los kilómetros sobre la desolada estepa. Como desenfrenado, loco, ansioso por llegar, cual si un sonado paraíso, una dicha inefable le aguardaran allá, tras los límites del horizonte. A la vaga claridad oscilar se bosquejan confusamente imágenes informes, monstruosas, engendros de pesadilla. Parece como si el paisaje entero se precipitara en dirección contraria con velocidad de vértigo. Brillan lejos, en

medio de la obscuridad, las luces de un pueblo dormido. Pasan postes del telégrafo, alineados como centinelas, humildes casetas, albergue de la indigencia, árboles sin hojas que alzan al cielo sus ramas desnudas. El tren sigue hablando, sólo que ha cambiado el ritmo y la cantinela. Ahora le pregunta a Agustín:

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?...

—Adónde? Allí, al campo de la lucha, al suelo del destino, donde se triunfa ó se muere. El triunfaré. Tiene juventud, tiene alientos; sabe sufrir, sabe esperar. Tiene, sobre todo, fe en sí mismo.

Los comienzos serán difíciles; el combate será rudo; tanto mejor; así valdrá más la victoria.

—¿Y cómo no? Su inspiración no es ya una nebulosa; algo de ella se ha condensado. Allí, en su pobre maletín, van las cuartillas en que vertió sus ensueños de adolescente. La crítica le hará justicia. Recuerda sobre todo la hermosa elegía a España expirante, en que parece revivir el acento del gran Leopardi:

«¡Oh patria, asombro un tiempo de las gentes, Ahora ludibrio de la vil canalla, Cual matrona en ramera convertida!...»

Pues ¡y aquel ternísimo madrigal, digno de emular con los mejores de nuestros clásicos, que empieza:

«Suave, blanca azucena, Cuajada de rocío...»

Si el éxito es indiscutible. Pero Agustín no se satisface con eso. Invadirá el campo del teatro y el de la novela. Ejercerá el magisterio de la crítica. Cultivará la ciencia y la filosofía. Colaborará en revistas y periódicos. Hará acaso política, ¿por qué no? política, se entiende, elevada, política de ideas. ¿Quién sabe si no llegará a alzarse por ese camino a las más altas cumbres del Estado?

Y en la mente de Agustín surgen entonces la eterna visión de los veinte años. Será rubia, alta, esbelta, gallarda, graciosa, elegante. Será hermosa, muy hermosa, y sobre todo buena, muy buena.

—¿Cómo se llamará? El conquistará, para ponerlos a sus pies, fortuna y renombre. Ella, agraciada, le hará en cambio el don celeste, el presente divino; el querubín de cabello de oro, de ojos de cielo, de frecea y hechicera boquita, modelado como un ángel de Murillo, mezcla de nieve y grana, como formado con pétalos de rosa....

—¡Dios, qué frío! Agustín recorre a grandes pasos el estrecho departamento y se entrega a los más violentos ejercicios de la gimnasia de salón. Come luego un pedazo de pan, bebe un sorbo de aguardiente y se encuentra algo confortado. ¡Qué nochecita! ¿Cuándo acabará aquella noche? ¡Si pudiera dormir! Coloca el maletín a guisa de almohada, se extiende sobre la tabla dura y trata de cubrirse lo mejor que puede con la ética manta y el fermentado gabán. Una pesada somnolencia invade su cerebro, en el cual penetran, a través de las brumas de aquel sueño incompleto, las penosas sensaciones del frío y la fatiga. Los ruidos del tren se van acentuando, formando en su conjunto una voz destemplada y chillona. ¿Qué dice ahora aquel tren, tan charlatán y entrometido?

—¡Ay de tí! ¡Ay de tí! ¡Ay de tí!...

—¡Extraña amenaza! ¡Siniestro presagio para el que huella, lleno de esperanza, el dintel de la vida! Por dicha, Agustín no es supersticioso. Cree en el porvenir, tiene fe en la justicia immanente de las cosas. El no ha merecido el infortunio. Su corazón es generoso. Nunca hizo mal a nadie, nunca lo hará. Anhela la dicha de todos. En sus sueños de prosperidad ha habido siempre una gran parte para los demás. Si ambiciona, el éxito es por egoísmo. Quiere derramar en torno suyo la dicha y la alegría. Aspira a pasar por el mundo haciendo bien. A ser ello necesario, sabrá sacrificarse por la humanidad, por la patria, por las ideas. ¡No hay una providencia para los buenos! Agustín confía en esa providencia.

Y súbito, un espantoso sacudimiento, seguido de un crujido horrible, le llena de terror. Parece como si una fuerza sobrenatural le levantara de su improvisado lecho para lanzarle en el espacio. Durante un momento rapidísimo, una fracción de segundo, ve, con indecible espanto, que paredes, techo y suelo de su morada ambulante se deforman, se quiebran, saltan convertidas en astillas. Luego, en la obscuridad más profunda, el desgraciado sufre durante largo tiempo cruelísimo martirio. Mil lanzas atraviesan su cuerpo, un hierro aguzado le arranca las entrañas, cabeza y pecho son estrujados, aplastados como por la mano de acero de un gigante. Siente una congoja sin nombre, un infierno de angustia y dolor que embargan su ser entero. Después nada.

Cuatro horas más tarde la luz indecisa del alba permitía entrever apenas, destacando sobre la blancura del suelo, la trágica silueta de cinco cadáveres, atrocemente mutilados, que yacían tendidos en fila a la derecha de la vía. El de en medio era el de Agustín.

ALFREDO CALDERÓN

El autor, ¡que salga!

Y en la calle aguarba un magnífico *landeau* arrastrado por dos caballos blancos que habían lucido en las corridas de Beneficencia, organizadas por la Diputación provincial de Madrid. El ex diputado provincial Sr. X... iba a celebrar una gran fiesta popular... Bajó por fin, acompañado de dos amigos... Eumaba un magnífico cigarro con cinta de colores... Vestía larga levita; en su roja corbata brillaba un alfiler de diamantes con las armas de la provincia, regalo de los empleados de la secretaría; lucía sobre el blanco chaleco cadena de oro de dos vueltas, regalo de los señores inspectores; en su mano resplandecían tres ó cuatro sortijones, regalo a su vez de los oficinistas de Depósito; los gemelos de su camisa, ofrecidos por las asiladas de la Inclusa, irradiaban luces. Enarbolaba un magnífico *palasan* de ocho nudos y diez y seis... penes, obsequio de los educandos del Hospicio.

Sus botas, de resplandeciente charol, procedían del taller de calzado, y su sombrero de copa de veinticuatro «pefejos» del proveedor de gorras... Con aire insolente, dando órdenes, retorciéndose el bigotazo negro y pasándose la mano por los carrillos, pulidos y resobados por los barberos del Hospicio, tomó asiento en el coche.

—¡Viva el rumbo! ¡Vaya un *landeau*!—le dijo Antonio el Largo, antiguo contratista de obras de la Diputación, abastecedor de la Inclusa, tipo medio-chulo, medio revendedor de teatros, cargado de brillantones y cubierto con un *pan y toros* de color gris perla.

—Es de casa... El dueño de los coches es amigo... y lleva en la Diputación *manos puercas*.

—¡Anda, chico, que hay prisa!

Y, dirigiéndose al lacayo, le alargó un puro magnífico... El lacayo subió al pescante, murmurando:

—Vaya un hombre de circunstancias, D. José. Y luego dirán que si es o no es... ¡me río yo!

Se puso el coche en marcha...

Don José, tumbado en los almohadones, no cesaba de saludar a los amigos y limpiarse la ceniza que caía del magnífico puro en los pantalones a cuadros de ajedrez, regalo también del taller de sastres.

—¡Adiós, Perico!—gritaba a un tabernero que salió de su establecimiento y extendió los brazos cubiertos de verdosas manguitas con ademán de ofrecerte una copa... ¡Eh, *Calandria*!—decía a un flamenco que pasaba junto al coche, montado en magnífico caballo andaluz de recogidas patas... —¡Hasta luego, *Poca pena*!—decía a un chulapón con aires de contratista que tomaba *chatitos* sentado ante un colmado andaluz.

Era el diputado más popular de Madrid y su provincia... Aquel mundo de contratistas, de chulos, de matuteos estaba indignado.

—¡Pues no decía la *Gaceta* que aquel hombre era un ladrón? ¡Tan campechano, tan cabal!

Iban en dirección de la Cárcel Modelo... Y el ex diputado hablaba, hablaba...

—Luego dirán—gritaba—que en el taller del Hospicio no saben hacer zapatos... ¡Mira!—y extendía un pie magníficamente calzado... ¡Eso es obra prima!

—¡Pa chasco!—añadía Antonio el Largo...—Yo que usted, D. José, sin *cuidao* me tendría... Esos chicos de la prensa, con cuatro *manguetas*...

—Y meterse con las Hermanas de la Caridad! ¡Los ángeles con tocast...! ¡Claro! Se deja gritar a esos periódicos *republicanazos*, *impíos*... ¡Qué falta hace aquel D. Antonio Cánovas!

—Pues ¡y *lése la carne*! ¡Habrá mejor carne que la del Hospicio! Ya la quisieran esos hambrientos de periodistas para los días de fiesta.

—Claro... habrá *deficiencias*, pero lo que es carne... Mira, desde que yo era visitador no dejaba ni un día de dar la *gran carne*: ¡Carne de presidio!

Habían llegado a los desmontes de la cárcel. Brillaban en el fondo los cascos de los lanceros, heridos por el sol matutino que asomaba indeciso por las nevadas crestas del Guadarrama. Flameaban en la punta de las lanzas chillones banderines amarillos y rojos, acartados por el viento del amanecer.

Y una muchedumbre, cansada, aburrída, se desperezaba en los cerros amarillentos, semejantes a canteras de turrón. De cuando en cuando sonaban voces de vendedores y agitábase el público con sordo y apagado rumor de tendido de plaza en el cuarto toro. Sobre las tapias de la cárcel sobresalía un madero blanco y brillaba en él un siniestro tornillo... Gritaban los vendedores agitando periódicos y hojas de extraordinarios:

—Con la ejecución del reo!...

—Con todos los detalles, el nombre y señas...

—Anunciábase la muerte de un infeliz como se anuncian las ganancias en las plazas de toros.

—Pobre! ¡desgraciado! Era un repugnante monstruo... Hijo expósito, arrojado al Hospicio de Madrid como un guñapó, le habían educado en la más horrible de las promiscuidades... su-

jetándole a tormentos, castigos, humillaciones... Vió desde pequeño robar a los jefes, a las hermanas, a los vigilantes; escarnecer el principio de autoridad... Vagaba por los dormitorios mirando fijamente a sus superiores como un idiota... Palabras soeces, obscenas diversiones eran sus juegos... Sus fiestas asistir a los entierros con la vela en la mano y la vara del inspector, amenazadora, detrás... O iba de músico a las corridas de toros y pasaba las tardes al sol, frito, enloquecido, sediento, soplando y soplando por las rotas llaves de un cornetín... Y veía al público delirante, el lujo, las riquezas, la lujuria de sangre y aplausos, de barbarie y de hermosura.

Sin notar lo se iba criando una bestia... Su rostro chato, deformado, sus ojos amarillentos reflejaban lujuria y brutalidad.

Sus compañeros le instruían en el robo, en los vicios más miserables y repugnantes... Le robaban a él los trajes, los zapatos... la virilidad; ¡qué iba a hacer!

Salió del Hospicio... Un día le faltó dinero para ir a la plaza... Entró en casa de su tía, una pobre impedida, y la mató; la mató como una cosa natural, como se coge una mosca... Y robó... y fue a la plaza.

Iba a pagarlas, por fin, el pobre idiota... Se oyó un clamor de marea tranquila... De lejos vió un muñeco negro, de trapo, que hizo convulsiones en el palo...

Y la muchedumbre quedó helada de terror... El ex diputado provincial, rodeado de amigos, recibía ovaciones.

—¡El autor! ¡Que salga el autor!—le gritaban. Y mirándose los brillantes, la cadena, el *palasan*, decía modestamente:

—¡Oh, gracias! Es el primero de este año... Aún tenemos muchos... ¡Oh, ese *hospicio*! Que hablen de la escuela *Frubel*. Allí sí que sabemos educar... ¡racimos de flores!

Allá en el palo, como murciélago clavado por un alfiler, quedaba el reo...

Se oía un revoloteo alrededor del patíbulo... Eran los ángeles de la Caridad, las proveedoras de la despensa, que venían desde el Hospicio, agitando sus blancas alas... a traerle ¡tocino del cielo!

RODRIGO SORIANO

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¿Qué mejor regalo de Pascua que comprar cualquier mueble en el gran establecimiento de A. Vallejo, Alcalá 17?

De allá, de lo alto, viene una voz que dice: «Asegúrate la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos Sevilla, 13!*»

Para antes y para después de Navidad, no hay nada mejor que una botella de *Anís del Monó*; pero de las más grandes.

Se necesita un socio capitalista con 2 ó 3.000 duros para emprender una industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informes en esta Redacción.



EL MÁS FINO,
EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE
Libro con 120 hojas, 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán a esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIA, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas
Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Mar. o. San Hermenegild, 32 duplicado.